ésta es la única manera que existe en el mundo de convencer á los filósofos.... y á los que no lo son.

—Acepto; pero os hago responsable si me enamoro á mi vez.

—No lo extrañaré, porque todos los que ven á Teresa, de ella se enamoran al instante. Solamente os debo hacer una advertencia, querido amigo; y es que si fuérais afortunado con ella, me vería precisado á mataros por honor del "Jockey-Club," de que soy actualmente secretario. Y tened entendido que soy un gran tirador de armas. Supongo que, desde Platón hasta Monseñor Dupanloup, no se ocupan en estas cuestiones los tratados de filosofía y las pastorales. Pero vámonos, que ya es tarde.

—Vamos, querido extravagante.

—¡Un filósofo llamando extravagante á un inglés! Los dos augures de Roma que no podían verse sin sonreir.

Los dos amigos se levantaron, salieron del café, y siguieron á pie hasta la plaza de la Opera. Allí Madisson entró en el "Club Washington:" dedicaba su noche al juego, con desprecio del amor. Palákis montó en su cupé, y como todavía en la época de nuestro relato no estaba terminada la avenida de la Opera, siguió por la calle de la Paz y llegó á los Italianos.

TERESA.

Para presentar á nuestra heroína, entremos en su cuarto del teatro. Acaba de vestirse con un traje andaluz, pues la ópera que esa noche se canta es "La Favorita." Está verdaderamente hundida en un sillón de terciopelo, el codo sobre uno de los brazos del sillón, la barba sobre la mano, y las miradas perdiéndose en horizontes misteriosos. Hay algo que avisa que se acerca un suceso extraordinario. En el mar, antes del huracán, hay una extraña palpitación en su ancho seno de ondas azules. El volcán tiembla antes de rugir, y ruge antes de hacer erupción. El corazón tiembla y palpita, cuando se acerca en la vida uno de esos sucesos que han de tener influencia definitiva sobre nuestra existencia. Teresa estaba en uno de tales momentos.

¿Quién era? Una pobre niña, hija de

un volatinero y una mujer que cantaba por las calles de Roma.

Huérfana, la educó el acaso, si llamarse pudiera educación lo muy poco que ella sabía. Un día creyó amar á un bailarín que conoció en un teatro de segundo orden en Nápoles, y la vagabunda tornóse admirable bailarina. Si en vez de un bailarín, hubiese encontrado á un príncipe, habría llegado á ser reina. Hay ciertas almas que son como las gotas de agua, que en las rocas se vuelven ópalos y en la mar perlas.

A poco tiempo de estar con el bailarín, creyó amar á un capitán de "versaglieri" y partió con él para Turín. Allí fué la delicia de ese buen público de capa y de sombrero honrado, en el "Teatro Reale." Pronto se fastidió de Turín, y salió para Florencia, contratada en "La Pergolla." El capitán no pudo seguirla, y tuvo que amar á un pintor: á lo menos así lo creyó también. En Florencia conoció al gran Felipe. Este tocaba en la orquesta, y desde allí fijaba en ella sus ojos fosforescentes. Teresa era todavía una bailarina de segundo orden, el era un clarinete detestable; la distancia no era grande. Felipe se le acercó; Teresa no conocía las maravillas de la ciudad de Florencia; él le ofreció ser su "cicerone." Una mañana que el pintor se ocupaba en copiar,

en el Palacio Pitti, "La Virgen de la Silla," salieron los dos de paseo: fueron á Santa María dei Tiori, y admiraron "La Piedad" de Miguel Angel. Otro día se extasiaron ante el "Campanile," de Giotto; en otra ocasión contemplaron minuciosamente las puertas de bronce del Bautisterio. Como se ve, aun no salían del centro de la población. Acabó el pintor su trabajo, y entonces Teresa se empeñó en que copiase "La Serrana," de Murillo. El pintor siguió copiando, y Teresa y Felipe siguieron conociendo la ciudad. Fué preciso irse alejando poco á poco del centro: tenían que ver el "San Jorge" del Donatello; después, la estatua del Dante en la plaza de Santa Croce; y más tarde, visitar las ruinas del castillo de los Médicis. Ese día, y mientras el pintor daba los últimos toques á su copia de "La Serrana," Teresa, después de haber pasado la vieja puerta del castillo, se había sentado en el cementerio, y desde esa altura dejaba caer su mirada, que inconsciente vagaba, del "Duomo" á la torre del Palacio, de la franja de plata del "Arno" al cortinaje de púrpura de las nubes. El gran Felipe clavaba en ella sus negros ojos, y la contemplaba con la fijeza con que se mira un cálculo importante escrito sobre un pliego de papel.

—Teresa, le dijo de repente, admirada está usted ante el bello panorama que se desarrolla á sus pies; en esa ciudad hay un teatro en que la aplauden á usted en bailes de segunda importancia; y hay también un pintor que se digna ser el amante de usted. ¿No ha pensado usted jamás en un panorama mayor, en París, en el Teatro de la Opera, siendo allí la primera bailarina del mundo, y teniendo por apoyo un hombre que la levante á tal altura, y que sea su guía en la vida, su escudo y su amparo? ¿No ha comprendido usted que ese hombre soy yo?

¿Qué contestó Teresa, sentada en ese cementerio, y teniendo á sus pies la ciudad en que Dante amó á Beatriz?

Una hora después, el pintor entraba con su copia en su habitación, abandonada por Teresa. Esta y Felipe salían de Florencia en ese instante en el tren de París.

EL GRAN FELIPE.

He aquí á un personaje difícil de retratar. ¿De dónde era? Por el aspecto parecía italiano, y por el acento creyéranle alemán. ¿A qué familia pertenecía? No se sabía de él, sino que se llamaba Felipe. ¿Qué edad tenía? No era posible saber si sus negros y lustrosos cabellos eran así por naturaleza, ó por afeite y pintura. Enigma viviente, abroquelado tras de su violón, era uno de esos seres que pasan en el mundo sin que el mundo en ellos se fije, y cuyo estudio, sin embargo, podría dar la solución de algún problema social de importancia. Nada sabemos de la vida de Felipe antes de que conociese á Teresa. Hemos visto que huyó con ella para París. Con ella le encontramos contratado en los Italianos y viviendo con ella en un cuarto piso de la calle Tronchet. Habían pasado exacta-